



Autor: **Carolina Belén De Cañas**
Obra: *Detalles*

Se veía a lo lejos el humo de la primera chimenea. Hacía frío, pero no tanto como para encender el fuego ya. Frunció el ceño. Cuando era pequeño, la chimenea no se encendía hasta que el agua de las palanganas amanecía congelada. Ahora la gente no aguantaba nada, ni el frío, ni el calor. ¡Y encima tenían todo para estar calentitos en invierno y fresquitos en verano! Eso era una suerte, no podía negarlo. Pero le molestaba, y no sabía bien por qué... Quizá por rabia de que no valoraran lo que tenían. Quizá por envidia de no haber nacido en esa época de comodidades y abundancia... Sus huesos se quejaban de una vida de madrugones en plena nevada y de ropa empapada por la lluvia en obras interminables... Sus huesos se quejaban del frío, de la humedad y del esfuerzo que habían sufrido durante años. ¿Cómo serían aquellos muchachos cuando llegaran a ancianos? ¿Cómo sería una vejez sin reuma ni cartílagos osificados? Seguro que aparecerían nuevas enfermedades adaptadas a nuevos problemas. Después de todo, ¿quién había oído alguna vez la expresión: "vejez dulce y sana"? No era propio de los viejos sentirse bien, ni ayer, ni ahora, ni nunca. Ser viejo es, precisamente, el único momento que tienen las personas para dormir lo que quieran y quejarse todo lo que no se quejaron en sus vida.

El crepúsculo tiñó el cielo de magenta.

Daba igual cuántos cientos de atardeceres hubiera visto, cada vez que lo sorprendían pensando, lo inundaba de una extraña sensación de plenitud y regocijo. No había nada más hermoso y sincero que un cielo crepuscular. Siempre diferente, siempre el mismo. ¿Cuántos atardeceres había visto el mundo? ¿Habría habido alguna vez dos iguales? Imposible... era lo único que realmente podía explicarle el sentido de "infinito".

Pronto sería la hora de cenar, el sol acababa de marcharse y la enfermera aparecería en cualquier momento para llevarlo al comedor. Ya no lo asustaba la mano que se apoyaba suavemente, casi con culpa, en su hombro. Los primeros tiempos fueron muy difíciles, pero había aprendido a disfrutar de la extraña quietud que parecía inundar el universo cuando reinaba el silencio. Poco a poco descubrió cuántos detalles de la vida se había perdido por estar atento al infatigable murmullo y estruendo que todo lo rodea.

Mejor relato de autor local

XVI Certamen de relato corto Rozasjoven 2018



Autor: **Carolina Belén De Cañas**
Obra: *Detalles*

Se veía a lo lejos el humo de la primera chimenea. Hacía frío, pero no tanto como para encender el fuego ya. Frunció el ceño. Cuando era pequeño, la chimenea no se encendía hasta que el agua de las palanganas amanecía congelada. Ahora la gente no aguantaba nada, ni el frío, ni el calor. ¡Y encima tenían todo para estar calentitos en invierno y fresquitos en verano! Eso era una suerte, no podía negarlo. Pero le molestaba, y no sabía bien por qué... Quizá por rabia de que no valoraran lo que tenían. Quizá por envidia de no haber nacido en esa época de comodidades y abundancia... Sus huesos se quejaban de una vida de madrugones en plena nevada y de ropa empapada por la lluvia en obras interminables... Sus huesos se quejaban del frío, de la humedad y del esfuerzo que habían sufrido durante años. ¿Cómo serían aquellos muchachos cuando llegaran a ancianos? ¿Cómo sería una vejez sin reuma ni cartílagos osificados? Seguro que aparecerían nuevas enfermedades adaptadas a nuevos problemas. Después de todo, ¿quién había oído alguna vez la expresión: "vejez dulce y sana"? No era propio de los viejos sentirse bien, ni ayer, ni ahora, ni nunca. Ser viejo es, precisamente, el único momento que tienen las personas para dormir lo que quieran y quejarse todo lo que no se quejaron en sus vida.

El crepúsculo tiñó el cielo de magenta.

Daba igual cuántos cientos de atardeceres hubiera visto, cada vez que lo sorprendían pensando, lo inundaba de una extraña sensación de plenitud y regocijo. No había nada más hermoso y sincero que un cielo crepuscular. Siempre diferente, siempre el mismo. ¿Cuántos atardeceres había visto el mundo? ¿Habría habido alguna vez dos iguales? Imposible... era lo único que realmente podía explicarle el sentido de "infinito".

Pronto sería la hora de cenar, el sol acababa de marcharse y la enfermera aparecería en cualquier momento para llevarlo al comedor. Ya no lo asustaba la mano que se apoyaba suavemente, casi con culpa, en su hombro. Los primeros tiempos fueron muy difíciles, pero había aprendido a disfrutar de la extraña quietud que parecía inundar el universo cuando reinaba el silencio. Poco a poco descubrió cuántos detalles de la vida se había perdido por estar atento al infatigable murmullo y estruendo que todo lo rodea.

Mejor relato de autor local

XVI Certamen de relato corto Rozasjoven 2018

Ahora que ya nada lo distraía, tenía todo el tiempo del día para pensar en calma, con la mayor pureza que lo había hecho nunca. No había opiniones inoportunas, ni interrupciones, ni desvíos inesperados en el hilo de ideas. Ahora estaba sólo consigo mismo, y recorría sus recuerdos analizando esos detalles que había ignorado cuando aún vivía, cuando no tenía tiempo para parar, cuando todo vibraba y bullía sin cesar.

No echaba de menos su vida. Había sido larga, monótona y aburrida. Echaba de menos a Laura, aunque no se imaginaba cómo hubieran podido entenderse en aquel momento, ¡cuando ni siquiera hablando habían conseguido comprenderse! Sonrió.

Daba igual. Hubiera muerto en aquel momento, si a cambio de lo que le restaba de vida hubiera podido volver a aferrar su mano para compartir con ella esa sonrisa en la que se perdían todas sus diferencias.

A ella sí que la echaba de menos. Y se alegraba de haberla acompañado en su partida. Ella no hubiera soportado el silencio y la soledad. Ella había sido ruido, luz y movimiento. ¡Qué oportuna había sido la sordera que había acudido a ocupar su lugar! ¡Qué más podía querer escuchar, si no era su voz? ¡Qué más hubiera podido querer oír, si no eran sus cancioncillas alegres con que lo recibía cada día y con las que marcaba el ritmo de las sopas, de los guisos y de los estofados? No había nada en el mundo que quisiera oír ya, y agradecía cada día a su sordera que perpetuara el dulce y suave timbre de su voz, que lo protegiera con muros impenetrables de la inevitable corrupción del ruido. Sólo quedaban él y sus recuerdos, y se perdía cada día en el pasado, evocando una y otra vez esos detalles que lo habían sido todo, pero que tristemente había ignorado: un susurro en la noche diciendo "te quiero"; el murmullo de la tela de sus pantalones holgados; el sonido firme y seco de sus tacones; el suave y crujiente paso del cuchillo por las zanahorias; el motor del coche deteniéndose en la puerta; el timbre del teléfono que esperaba siempre a las cuatro en punto; sus carcajadas; sus preguntas inagotables; sus discos sonando sábados y domingos al mediodía; sus historias sin fin; ¡incluso sus silencios!, escasos, ¡pero tan significativos...!

Una mano se apoyó con dulzura en su hombro.
La enfermera le sonrió.
La cena ya estaba lista.